

¿Elefantes en la cristalería?

Rafael Hernández

(*La Gaceta de Cuba*, nº 5, septiembre/octubre de 1996. Año 34)

*Esa gente eran una
especie de solución*

“Esperando a los bárbaros”

C. CAVAFIS

AL FINAL DE LA FAMOSA PRIMERA ENTREVISTA con el gato de Cheshire –que tanto le gustaba citar a Federico Engels–, cuando aquel se va desvaneciendo desde el rabo al hocico, hasta que sólo queda flotando la sonrisa, Alicia emite una sentencia lapidaria: por si fuera poco ver a un gato sonreírse, contemplar la sonrisa del gato cuando ya éste ha desaparecido es lo más insólito que puede verse.¹

Si algo característico tiene el discurso extremista “liberal” es su afición a retratar el presente en términos de pasado. Es decir, a reducir el conocimiento del presente –y aun la figuración del futuro– a una ecuación cuyos términos fijan una determinación desde atrás, como si la historia caminara de espaldas. En esta perspectiva, la realidad política se compone de un discurso simple, y la nación de un sujeto levemente abstracto llamado “nosotros”, que se (supone se) ha identificado a sí mismo para siempre.

De ese “nosotros” abusan quienes, en Miami o en Madrid, se otorgan la potestad de “prefigurar la sociedad plural que deseamos

para nuestro país”.² Esa vocación de portavoces elegidos de la sociedad cubana, de su cultura y de la conciencia nacional –tan dogmática a su manera como la de otros que pretenden aplicar fórmulas ideológicas preestablecidas a los más complejos problemas del momento– carece del realismo necesario para interactuar verdaderamente con la situación del país de manera desprejuiciada, de la humildad para situarse frente a ella con una capacidad de conocimiento crítico y de la representatividad para recoger en su discurso los desgarramientos e ideales de la nación en su conjunto. La sociedad cubana, su conciencia colectiva, su cultura política e, incluso, algunos elementos negativos que arrastra su proceso actual, evocan el dichoso gato de Alicia en dos sentidos. El primero es que hay un mundo real preexistente que está erosionándose, transformándose en algo distinto a lo que solía ser, delante de nuestros ojos, de manera dramática. El segundo es que cierto discurso, que allá afuera pretende aparecer como emisario de una nueva época, no pasa de ser una reverberación de viejos tópicos, hoy menos útiles que nunca para indagar los caminos de ese mundo actual –y especialmente el futuro viable. No es la sonrisa de un gato que viene llegando– sino el rictus de un viejo gato que se esfuma.

¹ CARROLL, LEWIS: *Alicia en el país de las maravillas*. Ed. Gente Nueva, 1973, pp. 89-90.

² “Presentación”, revista *Encuentro de la cultura cubana*, nº 1, Verano de 1996, p. 3.

Este tipo de discurso padece de la ineptitud para reflejar su objeto, porque se ha quedado congelado, exangüe, estampado en sus definiciones estáticas, obcecaciones y rigideces, y sobre todo en su dogmatismo.

Algunos autores han creído identificar a la intolerancia –más allá de las diferencias ideológicas entre cubanos de una orilla y de otra– como un rasgo común de la cultura política nacional. En un trabajo que publicó hace un tiempo *La Gaceta*, mencioné que, para mí, el núcleo central de la ideología revolucionaria cubana ha sido, en buena medida, la antítesis del dogma –aunque no hayan faltado los que han intentado reducirla a un formulario de verdades aprendidas e inmutables. El propio Fidel ha convocado una y otra vez a “evitar que el pensamiento de los políticos más ilustres, de los revolucionarios más esclarecidos, se convierta en dogma, porque [...] cada pensamiento responde a un momento determinado” –como le dijera a Tomás Borge en *Un grano de maíz*. Más recientemente, se ha llamado a impedir que la acción ideológica sea –como ocurre “no pocas veces”– “esquemática, demasiado general y dogmática, pues se trata de convencer” –antes de que convenzan otros.³ Y aunque siempre hay quienes creen que la verdad es una especie de *fundamento* colocado en el fondo de una olla de hierro que custodia un grupo elegido, la noción predominante en una etapa tan crítica como la actual es que el proceso de convencimiento ha de fluir en un intercambio colectivo y ser el producto auténtico de éste, enriqueciéndose con el aporte de todos.

El dogmatismo de la otra orilla confina todos los defectos de la Cuba actual a su

diseño estatal. Asume que lo único “socialista de verdad” como modelo económico es lo que existió en el país antes de 1989; de donde lo nuevo, por definición, es antisocialista –por ejemplo, el trabajo por cuenta propia tendría un efecto más bien subversivo en el fondo, por incompatible con el modelo socialista ortodoxo.⁴ En otras palabras, la reforma puede ser un remedio en el capitalismo, pero viene siendo un virus mortal para el socialismo. Y la manera de demostrar este silogismo es típica: véase lo que ha pasado en Hungría o Polonia y se sabrá por dónde podrá ir Cuba en los próximos años.⁵ Por los demás, afirman rotundamente del otro lado, las leyes generales sobre los procesos de *transición*, la *sociedad civil* y el *mercado* –manifestaciones todas estigmatizadas como intrínsecamente desestabilizadoras del sistema– aproximan al país a esa selva oscura del capitalismo postsocialista, destino al que Cuba está condenada sin remedio, precisamente por tener el régimen que tiene y por el carácter universal de esas leyes generales. Esta profecía –y esas leyes generales– recuerdan la ineluctable proximidad del socialismo en todo el planeta, su irreversibilidad histórica y otros espejismos *ad usum* en tiempos antiguos.

Lo “políticamente correcto” –curioso término que funciona tanto en el capitalismo real como en el socialismo– puede servir en ambos mundos como un medio de estrechar los márgenes del criterio, para hacer que coincidan con ciertos puntos de vista, en detrimento de otros, con los que no se coincide, y a los que descalifica ideológicamente. En esta orilla, sin embargo, está claro que “el debate ideológico [...] debe continuar siendo un instrumento de inapreciable

³ “Informe del Buró Político sobre la situación política y social del país, aprobado en el V Pleno del CC del PCC realizado el 23 de marzo de 1996 y que presentara el General de Ejército Raúl Castro Ruz”, *Granma*, 26 de marzo de 1996, p. 4.

⁴ Cfr. DOMÍNGUEZ, JORGE I.: “La transición política en Cuba”, *Encuentro...* ob. cit. p. 6. *et passim*.

⁵ *Ibid*, p. 8.

valor” para la cultura revolucionaria, y que “sí debemos tener no un lenguaje, sino muchos lenguajes”,⁶ expresivos de la diversidad social. Desde luego, esta voluntad política –que siempre ha logrado un consenso indiscutible– tiene que enfrentar las circunstancias de la práctica cotidiana, en escenarios diferentes y con intérpretes también múltiples.

En la otra orilla, emergen declaraciones comprometidas con reflejar la diversidad de la cultura cubana en sus “puntos de vista contradictorios e incluso opuestos”, con representar un adelanto del “inesquivable Encuentro mayor que mantendremos un día en el escenario común”.⁷ Sin embargo, lo que parece predominar en estos medios no es precisamente “la convergencia nacional”, sino la oposición más común y corriente al proceso revolucionario, al que se caracteriza como un error inacabable, una negación de lo mejor de la nación, una suma de aberraciones del poder omnímodo y el plan maquiavélico de un gobierno que en medio de la “crisis política”, ha “perdido el consentimiento de la mayoría de la población”, reteniéndolo sólo “un núcleo de partidarios”.⁸

A los que así escriben, si se me permite una licencia poética, el pluralismo les sale mucho peor que a nosotros. Si lo que se pública es representativo de la idea que se hacen de la situación política cubana y de su paradigma de *la Cultura Nacional*, está claro que, para ellos, el derrumbe del sistema es una cuestión de trámite y la única cultura válida es la de la negación de la revolución –lo que no sólo es poco pluralista, sino poco

original. Los que reconocen que esta nunca fue “su revolución”,⁹ al menos son consecuentes. Los otros, los más combativos, resultan ser los conversos recientes, quienes se presentan como víctimas de una ilusión colectiva, que en el pasado los llevó –en muchos casos– a haber tratado de persuadir a todo el mundo de que eran los guardianes de la pureza y los protagonistas naturales de la vanguardia del proceso. Así pasa.

A este grupo no conviene confundirlo en el mismo saco con la derecha –ni considerarlo homogéneo. Entre ellos, los primeros –los que siempre han estado en contra, pues sus concepciones son estrictamente orgánicas al liberalismo– transmiten más bien una incompatibilidad fundamental, una distancia propia de *otra* conciencia de clase. Los segundos, los arrepentidos, expresan –como diría Isaac Deutscher– el síndrome del renegado, y aunque reclaman la legitimidad de haber sido testigos de primera mano, la herida por la que resuellan los hace aún menos fieles a la realidad, a la que impregnan de sus más íntimos humores.¹⁰

A pesar de lo apuntado, los ex-marxistas post-muro de Berlín tienen a su favor poseer más “color local” que los de la vieja escuela. Se les otorga el mérito de “estar de vuelta” del socialismo, e insuflar sangre nueva a los debates circulares de la cubanología. Como decía Cavafis, vienen siendo una especie de solución.

Vistos de este lado, parecen ser los jinetes por excelencia del Carril Dos, los portaestandartes de la penetración ideológica. Por mi parte, me parece una suerte si la penetración ideológica toca sus tambores de esta manera, pues resulta difícil confundirse con ella. No vienen en son de diálogo, ni

⁶ “Informe del Buró Político...”. Loc. cit. p. 5.

⁷ BAQUERO, GASTÓN: “La cultura nacional es un lugar de encuentro”, *Encuentro...* ob. cit. p. 4.

⁸ PÉREZ-STABLE, MARIFELI: “Misión cumplida: de cómo el gobierno cubano liquidó la amenaza del diálogo”. *Encuentro...* ob. cit. p. 27 *et passim*.

⁹ DOMÍNGUEZ, JORGE I.: loc. cit. p. 10.

¹⁰ DEUTSCHER, ISAAC: “La conciencia de los ex-comunistas”, *Herejes y renegados*. Ed. Ariel, p. 22.

hablan la lengua de la concordia, ni proponen un entendimiento, sino el juicio final con sentencia previa. Sería exagerado calificarlos de diversionistas, pues es poco probable que engañen a nadie: sus desplazamientos se pueden ver venir desde muy lejos.

El problema más complicado con ellos está allá afuera, donde se gana –o se pierde– la confrontación de ideas en el mundo contemporáneo.

Los intelectuales cubanos de aquí estamos en la desventaja de siempre para entrar en esta liza, porque no tenemos una columna en ninguna gran cadena de periódicos, ni en órgano alguno de alcance mayor e internacional. Sin embargo, sí tenemos una renovación del pensamiento y –por fortuna, gracias al apoyo de varias instituciones– un mazo de revistas que están empezando a recoger lo que Cintio Vitier ha llamado un “estado pensante” a nivel nacional. Estas revistas son –y pueden serlo más, si se les facilita la difusión en el extranjero– los espacios donde cualquier lector interesado –en Barcelona, Guadalajara, Montevideo, Chicago o Sancti Spíritus– pueda enterarse de por dónde anda “la sociedad plural que deseamos para nuestro país”. Esta pluralidad fecunda se refleja en *La Gaceta de Cuba*, *Contracorriente*, *Temas*, *Unión*, *Casa*, *Debates Americanos*, *Caminos*, *Acuario*, *Islas*, *El Caimán Barbudo*, *Ciencias Sociales* y otras publicaciones cubanas, nuevas y resurgidas, que recogen el debate relevante en la Cuba actual sobre los temas de la nación, la historia, la nueva narrativa, el diálogo cultural con los emigrados, la religión, el marxismo, la mujer, la cuestión étnica y racial, la sociedad civil, el cine, la música popular, los estudios cubanos en el exterior, el estado de las ciencias sociales y otros muchos asuntos de carácter polémico.

Sobre la base –dicho sea sin desdorar a nadie– de la seriedad, la profundidad y el rigor, las páginas de muchas de estas revistas

han estado abiertas a intelectuales cubanos que viven dentro y fuera el país. La visión de “dos bandos que suelen ser presentados como irreconciliables”¹¹ supuestamente predominante en la cultura de la isla es cuando menos un anacronismo. Pretender representar el primer paso en tender un puente de diálogo en el terreno de la cultura entre Cuba y su emigración es por lo menos un exceso pioneril. Tanto dentro como fuera de Cuba este encuentro se ha venido produciendo desde hace más de 15 años, y sobre todo en la última década ha permitido que numerosos académicos, intelectuales y creadores se hayan encontrado y participado en proyectos comunes. Como ejemplos pueden citarse la colaboración a través de programas de intercambio académico y cultural, como el establecido entre Latin American Studies Association (LASA) de Estados Unidos y más de 20 instituciones y organizaciones cubanas desde principios de los años 80; así como los eventos celebrados en Cuba y en el exterior donde han participado (y han publicado luego sus trabajos conjuntamente) intelectuales de ambos lados. En algunas de las revistas citadas también se han venido difundiendo en los últimos años numerosos trabajos de escritores y académicos residentes fuera de Cuba.

Seguramente algunos pensarán –y hasta escribirán– que éstas no son más que sórdidas manipulaciones del régimen, que –como en *El péndulo de Foucault*– mueve sus tenues hilos detrás de todo lo que ocurre. Y acaso afirmen que, por ejemplo, los textos en memoria de Tomás Gutiérrez Alea publicados en Cuba –desde las luminosas palabras de duelo de Alfredo Guevara hasta los que le dedicara *La Gaceta* y otras publicaciones– no son más que “homenajes y honores con la intención de intentar [...] convertirlo en lo

¹¹ Cfr. “Presentación”, *Encuentro...* Loc. Cit.

que nunca fue ni quiso ser, un intelectual orgánico del régimen, un propagandista”.¹² Definitivamente, este no es –no ha sido nunca, ni podría ser– el tono del encuentro.

Desarrollar en Cuba durante años los intercambios con los intelectuales y artistas emigrados tampoco ha sido un paseo. Ha habido que dedicar mucho tiempo para vencer los estereotipos de ambos lados. De esta orilla, los que no advierten que “la emigración no puede considerarse un bloque monolítico de traidores a la Patria, partidarios del bloqueo y del derrocamiento del poder revolucionario”.¹³ De la otra, los que identifican a cada intelectual cubano con un reproductor acrítico de la política del momento. Con esfuerzo y buena voluntad, en los encuentros en que hemos participado se ha podido abrir un espacio de entendimiento y mutuo respeto, en el que se han expresado nuestras aproximaciones comunes (que hemos comprobado son muchas) y también nuestras discrepancias (que han resultado menos de lo que antes pensábamos). En los casos en que las diferencias son grandes (que los hay), hemos buscado un debate del mayor nivel, donde prevalezca la seriedad y el respeto, –que, naturalmente, tienen que ser recíprocos– exponiendo nuestra verdad a la confrontación, su prueba de fuego. Hubiera sido ineficaz acudir a esos encuentros con arengas, apologías o paráfrasis del discurso político –cuyo lugar y actores son otros–; tampoco hemos tolerado provocaciones ni nos hemos prestado a las manipulaciones de algunos. No hemos temido esa confrontación, en Cuba o en el extranjero –ni siquiera en terrenos absolutamente adversos, donde las reglas son muy distintas a las que imperan en nuestro patio.

El saldo ha sido altamente provechoso para la cultura cubana– y también para la verdad de la Revolución. Eso lo saben bien los que han participado de ambos lados.

Los intelectuales cubanos de aquí tampoco estamos –ni creo que querramos estar– en una urna de cristal. El intercambio de ideas en el terreno cultural, social, ideológico, hacia adentro, no puede aislarse del que se mantiene hacia afuera. En mi opinión, los intelectuales y creadores culturales no se dividen tanto por estar circunstancialmente dentro o fuera del país, como por sus posiciones. Los hay que, comprometidos a fondo con la nación cubana y aún partidarios del proyecto socialista, nos acompañan y sienten como propios nuestros éxitos y nuestras fallas, en Nueva York, Albuquerque, Ciudad México, Puerto Rico o Madrid. Están más cerca que algunos otros radicados en El Vedado o Miramar –otros que se han cansado o perdido las ganas de luchar.

En cualquier caso, los intelectuales emigrados dispuestos al diálogo respetuoso –compartan o no nuestras ideas políticas– merecen respeto. Los que quisiéramos seguir trabajando por mantener abiertos los canales del auténtico *encuentro* –sin mayúsculas, ni grandes recursos, ni plataformas de lanzamiento internacional– lo hacemos por creer en su necesidad permanente y en su utilidad para la cultura nacional. Evitar que estos canales se contaminen con la arrogancia, la condescendencia, el oportunismo o el dogmatismo de quienes –como elefantes en una cristalería– parecen querer hacer tabla rasa con lo que se ha logrado construir con tanto esfuerzo, es la tarea de los que creemos en la importancia de salvar esa cultura.

La Habana, agosto de 1996.

¹² DÍAZ, JESÚS: “Tomás Gutiérrez Alea in memoriam”, *Encuentro...*, ob. cit. p. 70.

¹³ Informe del Buró Político... Loc. cit. p. 2.